

La victoria pírrica del Comandante

Marifeli Pérez-Stable

FIDEL CASTRO HA SOBREVIVIDO A DIEZ PRESIDENTES DE ESTADOS UNIDOS. A LO largo de décadas, el mayor logro de la política estadounidense ha sido reforzar su baluarte principal: la defensa de la soberanía de Cuba. Al final, la salud postró a Fidel y su era se está apagando. El 31 de julio pasado, Raúl Castro y otros siete dirigentes asumieron interinamente los cargos y las tareas que desempeñaba Castro. Desde entonces, la vida en Cuba ha seguido su curso normal y es improbable que el régimen colapse luego de la despedida final al Comandante en Jefe. La sucesión ya está en marcha.

Desde el traspaso de poderes, Raúl Castro ha planteado la posibilidad de un diálogo con Estados Unidos dos veces. La Administración de Bush, simplemente, reiteró su política actual, es decir, la abstención hasta que La Habana se comprometa con una transición a la democracia. Desde el siglo XIX, la estabilidad de Cuba ha estado en la mirilla estadounidense y es evidente que, hoy, una sucesión ordenada sería su mejor garante. Además, la sucesión podría abrirle paso a una Cuba democrática. Si bien las consideraciones electorales seguirán vigentes, es hora de que las razones de Estado también dicten la política de Estados Unidos hacia Cuba.

Así y todo, Cuba no es una mera víctima de la prepotencia estadounidense. Especialmente, después del fin de la Guerra Fría, el Comandante pudo haber facilitado una distensión con Estados Unidos mediante la plena aplicación de las reformas propuestas por la propia elite cubana. A saber, éstas fueron: la legalización de las pequeñas y medianas empresas nacionales, la separación de funciones —claro, no de poderes—, con el nombramiento de diferentes titulares en la presidencia y la secretaría general del Partido Comunista, así como la creación del cargo de primer ministro, la integración de algunos opositores a la Asamblea Nacional del Poder Popular y el cambio de nombre del Partido al de Partido de la Nación Cubana.

Una Cuba que hubiera dado indicios de apertura real le hubiera dificultado —quizás no impedido— a Estados Unidos, el reforzamiento empecinado del embargo de las leyes Torricelli (1992) y Helms-Burton (1996). Estos podían haber posibilitado la política de «pasos calibrados» —una suerte de *engagement*— que nunca cobró vida en el primer mandato de Bill Clinton. El mejoramiento de las relaciones entre Washington y La Habana depende no sólo de que Estados Unidos modere sus pretensiones, sino, también, de que Cuba le fuerce un poco la mano a Washington.

La proclama del 31 de julio debe entenderse en el contexto de lo que venía sucediendo desde noviembre de 2005. Fue entonces que Fidel pronunció un

larguísimo discurso en la Universidad de La Habana que quedaría como su testamento político. La batalla de ideas, la ética revolucionaria y un socialismo construido con instrumentos propios —es decir, sin recurrir al mercado— son los móviles de su legado. A lo largo del primer semestre del año pasado, se dieron movimientos inusuales tras los telones del poder. En particular, la restauración del Secretariado del Partido Comunista, las repetidas afirmaciones sobre el Partido como el «verdadero sucesor» y el despliegue mediático, sin precedentes, honrando a Raúl por sus 75 años, llamaron la atención.

El Gobierno pasó con sobresaliente la prueba de los primeros seis meses sin el Comandante. Una dirección verdaderamente colectiva —si bien Raúl es *primus inter pares*— se ha asentado. En septiembre, La Habana auspició la Cumbre del Movimiento de los No Alineados, sin percance alguno. La Central de Trabajadores de Cuba y la Federación de Estudiantes Universitarios celebraron sus congresos. Se ha emprendido una nueva lucha contra la corrupción —recurrente desde los 60— que es vista con buenos ojos por la población. *Off the record*, fuentes oficiales señalan la convocatoria del congreso partidista para fines de 2007.

El discurso oficial, por otra parte, ha bajado un tanto de tono. Raúl termina sus discursos con «¡Viva Cuba Libre!» y no «¡Patria o Muerte, Venceremos!». Con frecuencia, la telenovela de turno se transmite a las 8:30 pm en punto, en lugar de la agobiante *Mesa Redonda*. Resultados, vigor y transparencia parecen ser las palabras favoritas de Raúl. Afortunadamente, ni Raúl ni ningún otro sucesor es carismático, y no les queda otro remedio que gobernar con miras a aliviar la penosa cotidianidad de los cubanos. Por otra parte, mantener el *statu quo* ante el vacío psicológico que dejará Fidel podría abocarlos al escenario nada atractivo de una explosión social.

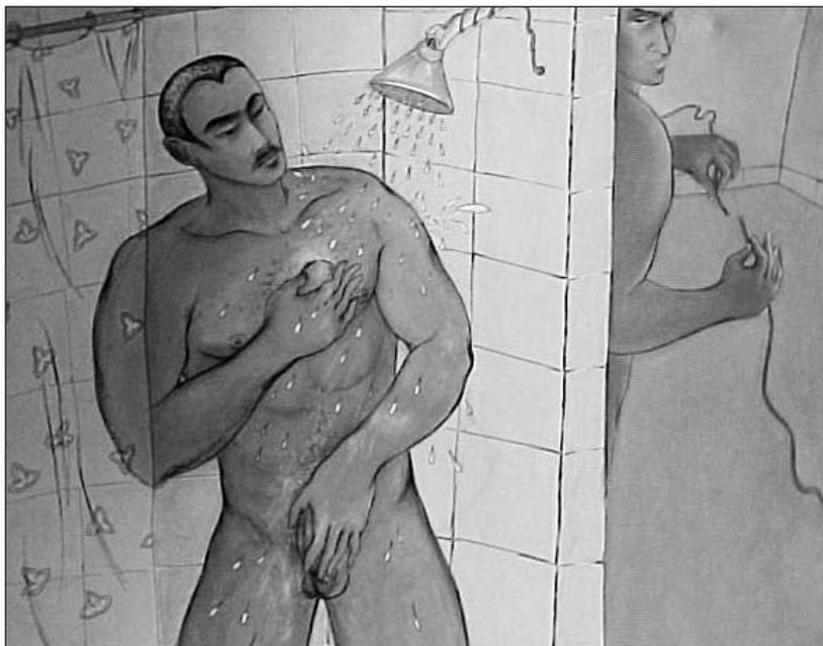
No obstante, los sucesores aún no han pasado la prueba de fuego. Después del entierro, ¿podrán consensuar las difícilísimas decisiones que les esperan? ¿Cómo ampararían la apertura económica sin enfrentar el legado fidelista? ¿Qué harían si la población dejara de resignarse y se tornara exigente? ¿Traería un nuevo pragmatismo en La Habana cambios a sus relaciones con el eje populista en América Latina? Si los sucesores dieran prioridad a la economía, ¿no sería lógico que la diplomacia cubana le prestara más atención a la atracción de inversiones y las relaciones comerciales que a los encuentros antimerkantistas?

Si Raúl Castro abriera la economía, aunque fuera modestamente, Washington podría responder, si bien casi seguramente habría que esperar hasta la inauguración de una nueva Administración en 2009. Por otra parte, la desgracia de Irak, podría despejar el horizonte para Cuba en Washington. John Negroponte —subsecretario de Estado y ex embajador en Bagdad— conoce de cerca lo sucedido en Irak y, por tanto, pudiera interesarse en insuflarle razones de Estado a la atrincherada política hacia Cuba. Los «pasos calibrados» —el *engagement* que nunca avanzó con Fidel Castro— podrían cobrar vida sin él.

La transición en Miami ha comenzado ya, si bien no es del todo evidente porque los primeros exiliados conforman aún el grueso del registro electoral. Sin embargo, los que salieron a partir de 1980 representan hoy una mayoría de futuros electores que favorecerían un cambio gradual de la política estadounidense.

Entre ellos, el 55 por ciento rechaza las restricciones de 2004 a los viajes y las remesas, mientras que el 63 por ciento de los que llegaron antes de 1980 las aprueban. La diferencia, en buena medida, radica en que unos dejaron familias en Cuba y los otros no. El envío de remesas cobraría aun más relevancia en caso de darse una apertura económica en la Isla. La sinergia de ésta con los pequeños capitales del Miami cubano arrojaría rápidamente una mejoría del consumo cotidiano en Cuba.

Según una encuesta realizada recientemente por la firma Gallup, tres de cuatro residentes de La Habana y Santiago de Cuba dijeron no estar satisfechos con su libertad para decidir qué hacer con sus vidas. A la pregunta sobre el desempeño del liderazgo, un 40 por ciento respondió que no lo aprobaba. Sólo un 42 por ciento opinó que saldrían adelante trabajando duro. Raúl Castro y los demás sucesores deben tomar en cuenta estos y otros resultados de la encuesta. El fidelismo —con o sin Fidel— no da pie para atender a las aspiraciones legítimas de los cubanos de hoy. Una apertura económica exitosa recompensaría a los que trabajasen duro, daría mayores opciones a la ciudadanía, y mejoraría la valoración del liderazgo. Si así fuera, el Comandante habría perdido su batalla principal, la de Cuba, incluso antes del momento prácticamente ineludible de la apertura política. Una Cuba como Vietnam —por no decir, una en la que los cubanos convivamos en democracia— no dejará a Fidel Castro descansar en paz.



Ducha eléctrica.

(Serie: Hombres, machos, marineros).
Óleo sobre tela, 120 x 140 cm., 1999.